

Márgenes del regionalismo

José Andrés Rivas¹

La delimitación del objeto

Ángel Rama señalaba que la crítica no produce obras, pero sí construye una literatura. Con otras palabras y una innegable ironía, Jorge Ruffinelli corrobora ese mismo concepto desde la perspectiva del escritor, al señalar que a

*... la literatura la hacen los críticos; los escritores sólo escriben los libros.*²

En cualquiera de estos casos, u otros similares, el “hacer una literatura” implica una serie de procesos, de algún modo cercano, a los requeridos para hacer el mapa de una geografía. Es necesario delimitar el territorio, dividir sus partes, señalar las capitales y los suburbios, trazar las vías de comunicación entre ellas y con el extranjero, marcar en su orografía los promontorios más elevados, y describir el tipo de producción que se realiza en los diferentes lugares. Todo esto acompañado por el mapa social, cultural, económico y demográfico en que se divide su población, sin el cual esa geografía se convertiría en un dibujo insustancial sobre un trozo de papel. De un modo más o menos similar, también se trazan los mapas de una literatura. Como en los de la geografía, en ellos también es importante señalar sus capitales y sus suburbios, encontrar las vías de comunicación -o de silencio- entre ellos, marcar sus promontorios más elevados y describir el tipo de producción que se realiza en los

47

1 Doctor en letras. Docente - investigador de la Universidad Nacional de Sgantiago del Estero.

2 Citado por Mempo Giardinelli en *Así se escribe un cuento* (Bs. As., Beas Ediciones, 1992: 68).

diferentes lugares. Y agregar, por supuesto, ese mapa de riqueza y miseria, de concentraciones y desiertos, sin el cual esa literatura se convertiría en un dibujo sin ninguna consistencia.

Concebido de este modo, el mapa de una literatura muestra sus territorios de poder y sus bolsones de pobreza. El espacio central y las zonas marginales. En última instancia, se trata de la permanente división entre los lugares donde se fijan las pautas y aquéllos donde se las obedece. En la historia literaria de Latinoamérica, ese espacio donde se dictan las normas fue ocupado por la *ciudad letrada* y sus herederos³. Una ciudad que coincidió, casi excluyentemente, con las ciudades de la geografía, y en especial con las capitales. De este modo, y bajo una máscara en la que subyacía la fórmula colonial metrópoli vs. posesiones de ultramar, volvería a recrearse la perdurable escisión entre el territorio “civilizado” y los lugares del atraso, impuesta desde los espacios metropolitanos. Una escisión, en la que no pocas veces permanecía subyacente la dicotomía planteada por Sarmiento, aunque muchas veces pudiera asumir rostros más idealizados o, al menos, más amables. A partir de un planteo de este tipo, la crítica se encuentra en la misma encrucijada en que se encuentran los otros factores de poder: como el modelo de análisis es siempre el modelo *central*, lo *marginal* o *periférico* debe aparecer necesariamente como un producto subsidiario y dependiente de aquél. Esta constante crea una situación de conflicto con implicancias decisivas. En apariencia, se trata de una valoración estética de la producción marginal a partir del modelo central; pero, en esencia, y más allá de la violencia social, política o étnica que ella implica, ésta consiste fatalmente en la imposición de una axiología, una lingüística, una tecnología, una forma de comunicación, una teoría, etc. del modelo hegemónico en el periférico. Se trata obviamente de una clara situación conflictiva, en la que se reproducen los planteos de la heterogeneidad antes descriptos. Dentro de ella, habrá que ubicar, entre otros, los productos del *Regionalismo*.

3 Rama, Ángel: *La Ciudad Letrada* (Montevideo, Arca, 1995).

Para hablar del Regionalismo es necesario establecer una serie de presupuestos previos. En primer lugar, porque cuando lo nombramos no sabemos claramente de lo que estamos hablando. Su significado es tan ambiguo que todo abordaje del problema necesita una delimitación específica de su campo de estudio. La causa es que, en principio, al regionalismo no se lo suele reconocer tanto por lo que es, sino por lo que no es. Por aquello a lo que se opone, antes que por aquello que representa. A esto se suma la desvalorización que acarrea, en el campo de la producción cultural, su confusión o su entrecruzamiento con otros conceptos que poseen una evidente connotación marginal: nativismo, telurismo, folklorismo, etc. Y también por sus contactos con otras especies “menores” como el costumbrismo, el pintoresquismo, etc., sin descontar las ideas de subordinación política, económica, social, etc. que conllevan las nociones de provinciano o rural, con que suele asociárselo. Esta forma de percepción del problema está tan acentuada, que identifica el concepto de Región con el de espacio *interior* y *subordinado*, y no se incluye en ella la percepción de las regiones como espacios multinacionales. (Buen ejemplo de esto es, por ejemplo, la actitud paternal y condescendiente, con que lo acogen en algún capítulo aparte las literaturas nacionales o continentales. Una actitud que obviamente no amengua, sino que acentúa esta situación.)

El otro problema para un claro abordaje de este objeto de estudio es la serie de falacias reduccionistas con que se lo ha aprehendido tradicionalmente. En esos casos, se trata de las simplificaciones, con que se conformó durante años la perspectiva crítica sobre el regionalismo literario⁴. Una de ellas es la *falacia geográfica*, establecida ya en las pautas de la *ciudad letrada*. A partir de allí, la “geografía” del regionalismo sería la de un territorio carente del prestigio literario del de la tradición eurocéntrica. La pampa, la sabana, la selva amazónica, los Andes, las islas del Caribe, etc., funcionan como aquello, lo *otro*, con respecto de la geografía con prestigio

4 Me refero casi exclusivamente a las falacias surgidas durante el primero, y sobre todo durante el segundo período del regionalismo, como se verá más adelante.

literario. Y si bien en muchos casos, aparecieron como “espacios de lo diferente”, en donde reproducir el discurso fabulador o fabuloso de la Conquista, estas “geografías” marginales incorporaron al mismo tiempo personajes marginales, que tenían problemas también marginales. La recepción culta -entre paternal y curiosa- que le suelen deparar las clases media y alta de extracción urbana (que son en general “los lectores”) a esos personajes y problemas, es buen ejemplo de ello. Un enfoque de este tipo, por otra parte, implica una reducción de los aspectos esenciales del texto a un marco espacial.

Otro de los errores de este tipo es la *falacia temática*. En este caso, el reduccionismo se aplica a la problemática abordada en el texto. Lo curioso es que esta falacia operó más perjudicialmente sobre los escritores que sobre los críticos. Para aquéllos -en especial para los escritores del regionalismo realista de los años ‘30 a los ‘50- los límites de la región eran también los límites del mundo. Y el único tema posible en sus textos era el de la vida y los problemas de su gente. Por otra parte, esta ha sido siempre una constante entre los grandes escritores del realismo de todos los tiempos, quienes abordaron siempre la vida y los problemas de su lugar y de su gente. Y por una impensable *reductio ad absurdum*, podrían incorporarse también a escritores como Cervantes, Balzac, Manzoni, Zola, Galdós, Tolstoi, etc. dentro de la galería del Regionalismo.

Otra forma de reduccionismo es la *falacia histórica*, que establece como modelo preeminente de lo regional, los textos de inspiración telúrica y comarcana de la etapa del postmodernismo dariano y unifica su discurso crítico alrededor de ella. Esta interpretación, de persistente y reactualizada vigencia, impuso el modelo clásico de caracterización de la producción regional, que el canon adoptó de inmediato para delimitar su campo. Esta perspectiva impediría durante mucho tiempo deslindar las sustanciales diferencias que separan las diversas etapas del Regionalismo sin percibir sus cambios.

Otro mecanismo reduccionista es el de la *falacia ideológica*, establecida también en forma negativa, antes como una oposición a los modelos centrales, que como una inmersión en los propios. En este caso, como el término de referencia no regional suele ser lo exterior y lo opuesto, se reproduce el riesgo antes citado de abordar el problema no tanto por lo que es, sino por lo que no es. Esto proviene fundamentalmente de la alta condición representativa que porta el objeto *Regionalismo* para cualquier abordaje político: tanto por las incumbencias simbólicas del ámbito geográfico que abarca, como por la idiosincrasia diferenciadora de sus personajes, sus connotaciones históricas y raciales, su mundo de valores, su lenguaje, etc. De allí que, como sucede con otras producciones representativas (el *Martín Fierro*, es un claro ejemplo), su lectura haya podido hacerse desde ideologías de diferente signo, que lo interpretan y utilizan según sus pautas.

Si bien estas falacias no tienen una consistencia sustancial, la facilidad con que fueron aceptadas dentro del discurso crítico sobre el Regionalismo proviene precisamente de la naturaleza marginal, que se le asigna a éste. En una producción hegemónica o central, ese tipo de problemas no se plantearía. Aunque en la de delimitación de su objeto puedan aparecer falacias reduccionistas de ese u otro tipo -cualquier objeto de análisis es pasible de ellas-, éstas no suelen ser una constante, o al menos un peligro, de su discurso crítico. Fundamentalmente, porque el objeto principal de los principales desarrollos críticos han sido siempre las producciones literarias centrales.

A partir de una perspectiva como ésta se plantea el problema de cómo abordar las contradicciones de esa totalidad sin producir una fragmentación de sus partes. Dicho de otro modo: ¿Cómo integrar las producciones parciales sin resentir la unidad de sus partes? ¿Cómo superar los criterios homogeneizantes de las interpretaciones hegemónicas sin producir la fragmentación? Ante esta situación se plantea nuevamente el problema semántico antes

citado: el de la imposibilidad de aproximarse al Regionalismo como objeto de análisis, sin definir previamente de qué estamos hablando. Si las falacias reduccionistas anteriormente descritas no conducían a una salida apropiada, un regreso a los orígenes del problema puede ser un comienzo de análisis. Para ello, es menester ubicar al Regionalismo en sus parámetros iniciales: el *espacio* y el *tiempo*.

El parámetro espacial

52

En un intento por destacar la función ordenadora, que tenía el concepto mismo de región para la literatura continental, Cornejo Polar advertía sobre la ambigüedad que su esfera abarcaba. La única delimitación posible de las Regiones, en este caso, sería la de identificarlas con aquellos ámbitos geográficos y socioculturales que divergían con las delimitaciones espaciales de una nación. Esas divergencias nos surgían sólo por defecto (las regiones intranacionales), sino también por exceso (las regiones transnacionales). Esta nómina, sin embargo, dejaría fuera de ella espacios con identidades y problemas muy específicos, que configurarían una tercera opción: la de las regiones “sin contigüidad espacial”. Se trataría de aquellas microrregiones dispersas por el continente, pero emparentadas entre sí por sus estructuras históricas, económicas, políticas, sociales, etc.⁵ A las primeras, pertenecen las categorizaciones de los diferentes espacios regionales que existen dentro de una misma nación. Diferencias que señalan a veces solamente matices de la estructura productiva y sociocultural de cada región geográfica, pero diferencias al fin: el regionalismo pampeano frente al del noroeste, por ejemplo. Las segundas -las internacionales- abarcan obviamente un espacio geosocial y económico mucho más amplio, que posee incluso connotaciones etnohistóricas mucho más vastas. Por ejemplo, el regionalismo rioplatense frente al caribeño o al

5 “Novela regional, nacional, latinoamericana” (ponencia pronunciada en el Centro de Estudios Latinoamericanos “Rómulo Gallegos” en 1982).

andino. Detrás de este planteo subyace por otra parte la idea de la gran Región subcontinental constituida al sur del Río Grande. A ésta se la concibe, por una parte, como una Región que es opuesta y diferente de la que abarca la América anglosajona; por otra, como una entidad con amplios vasos comunicantes dentro de ella, reflejados en una historia común, y rasgos literarios y culturales muy próximos.

Más allá de sus diferencias, esta forma de delimitar los tres tipos de Región parte de una perspectiva espacial. Al menos, de un recorte espacial de índole geopolítica impuesto en la historia del continente, con el que no se coincide, en las dos primeras, y hay un aislamiento, un “extrañamiento”, en la restante. De cualquier manera, en todos los casos, el concepto de Región está unido a una noción de espacio. Una noción que es tradicional de los estudios de las literaturas regionales-, y que plantea el problema de las relaciones entre espacio y literatura. Pero en este caso ¿se trata del espacio de la producción del texto o es el de su recepción?; ¿o se trata del espacio del referente? Cualquier aproximación crítica inicial puede incluirlos a todos. Hay un espacio desde donde se escribe y otro desde donde se lee; pero también hay otro espacio sobre el que se escribe y se lee. Aunque esta diferencia es tan evidente (cada uno de esos tres espacios puede dar diferentes respuestas), la crítica de la producción marginal generalmente se detiene en el espacio desde donde se escribe y el espacio del referente, sin observar el espacio de la lectura, que completa el ciclo y le da sentido.

La primera de estas instancias, el espacio de la producción textual, es decir, el lugar en donde se escribe, es uno de los parámetros tradicionales fijados para una delimitación del Regionalismo. La fórmula de literaturas *del interior* o *de las provincias*, acuñada generalmente en las historias literarias, establecía claramente los límites que separan la gran literatura producida en los centros hegemónicos, de aquella que pertenecía a las periferias. Paradójicamente, en esta fórmula se repetía el mismo criterio que

había tenido en sus orígenes la ciudad letrada al diferenciar, con criterios valorativos, las letras de la Metrópoli de las de sus colonias. Traducido a fórmulas literarias, se trataba de una relación espacial -de proximidad o lejanía- con el respecto del centro productor del canon. Y tanto en la fórmula colonial, como en la de la etapa republicana, circulaban más o menos las mismas constantes: la desvalorización de las producciones periféricas, la marginación de éstos de los espacios centrales, la definición por exclusión, y la generalización que obviaba las diferencias. Lo singular de esta actitud, es que la relevancia de esta noción espacial de la producción literaria no es una constante dentro de los cánones, sino que entraría en ellos como un fruto relativamente tardío. Recién llegaría después de siglos, junto con los ímpetus de la revolución romántica para recuperar las identidades nacionales, el espíritu de los pueblos y las relaciones entre el hombre y su geografía. La fuerza de estos ímpetus se expandería posteriormente a espacios cada vez más acotados, en donde se afirmarían nociones de identidades y diferencias con respecto a otros espacios, con justificaciones generalmente incongruentes. Con la posterior acentuación de los localismos y los particularismos aparecería un énfasis en el color local y en esforzados singularismos, con los que se dibujó epidérmicamente la existencia de un arbitrario marco espacial. Esto es lo que ocurriría, en términos generales, durante la primera etapa del regionalismo.

Una primera observación a esta forma de aproximarse a los productos del Regionalismo puede sufrir las mismas críticas, que sufriría un abordaje similar a las literaturas nacionales: la omisión del hecho de que los recortes espaciales que les sirven de marco -sus fronteras y sus límites-, provienen generalmente de situaciones históricas y causas geopolíticas, antes que de razones valederas para la demarcación de reales diferencias de uno y otro lado de la frontera. Esto obvio en países que tienen una escasa antigüedad y una historia colonial en común como los latinoamericanos. Nuestra propia historia como país, por otra parte, nos enseña que nuestras primeras fronteras fueron hechas en los mapas, mucho antes que en

la dura realidad. ¿Cuánto espacio real de nuestro territorio poseía verdaderamente la “civilización” en la época de la Independencia? ¿Cuántas guerras y muertes se produjeron para sostener o expandir aquel dibujo? ¿Y una vez conquistado el espacio real, sus límites crearon identidades diferentes de este lado de la frontera y del otro?

La segunda observación surge en el caso del escritor (del productor de textos escritos u orales) trasladado a otro espacio diferente. ¿Cuál en este caso el *espacio* de su enunciación?. No hace falta salir de nuestra historia literaria para encontrar una nómina abrumadora y muchas veces coincidente con momentos centrales de nuestras letras: Cortázar expatriado en París escribiendo cuentos de ambiente porteño, Daniel Moyano evocando desde su exilio español su Rioja lejana y prohibida, o Sarmiento desterrado en Chile componiendo el *Facundo*, pueden ser ejemplos tomados al azar de una lista innumerable. Algo similar ocurre en las regiones “intranacionales”, que citaba Cornejo. Este es el caso, por ejemplo, de Bernardo Canal Feijóo, ¿desde qué espacio realmente escribía? ¿Buenos Aires o Santiago? No menos sugerente será el caso de Jorge Wáshington Abalos evocando desde Tucumán o de Córdoba su vida en una escuela del monte santiagueño. Las respuestas a estas dos observaciones -tanto la de este cuestionamiento sobre la real pertinencia que puede tener, en éstos y otros ejemplos similares, el espacio físico desde donde se escribe, como la primera que describe la arbitrariedad e incongruencia con que fuera dibujado ese espacio- demuestran la fragilidad que tiene esta forma tradicional de aproximarse al problema.

Una falacia menos evidente, pero más perversa que las anteriores, es la idea de que el espacio de producción incorporado en los textos les impone a éstos ciertas características que les son propias. Una proposición como ésta se funda en razones de índole política e ideológica, que imponen en ese espacio de producción un determinismo -un fatalismo- causal. La fórmula de esta ecuación

es la siguiente: la producción de un espacio periférico sólo puede generar productos periféricos. Por esta condición, estos productos poseen características menos valiosas que los centrales. Trasladados a la esfera literaria, esos productos ni siquiera pueden acceder la mayor parte de las veces a un lugar menor dentro del canon. Por otra parte, como el centro hegemónico es el lugar en donde se producen las innovaciones en el canon, una fórmula común de desvalorización de las producciones regionales es la de ubicarlas en una etapa “anterior” a la de las innovaciones en vigencia.

Otra falacia de este tipo, es la de establecer, casi en forma excluyente, las prácticas escritas como las únicas dignas de ser bendecidas por el canon. Por esta razón, un alto porcentaje de textos orales, que circulan dentro las “regiones” literarias, sumado a las limitaciones de difusión y publicación que sufren sus textos escritos, suele ser dejado afuera de los corpus generales. De este modo, se empobrece la visión cabal de las literaturas marginales y también, obviamente, el mapa real de una literatura. Lo mismo suele ocurrir con las otras prácticas “menores” (canciones, leyendas, fábulas, refraneros, etc.), que son frecuentes por su configuración fragmentaria y mediata en el ámbito de producción de las literaturas regionales. Como las anteriores, también estas dos falacias -la de la asincronía y la de la *exclusión*- demuestran la inconsistencia de utilizar el espacio de la producción de los textos como parámetro para el abordaje de una literatura regional.

La segunda proposición tradicional para este abordaje es la del espacio como referente. Aunque aquí es necesario señalar que no se trata de un espacio regional utilizado por escritores de “otra parte” -Vgr., el Santiago de *Las Tierras Blancas* de Juan José Manauta o el de *Polvo y Espanto* de Abelardo Arias-, sino de ese espacio utilizado por los escritores de esa misma región. Ya han sido señaladas en párrafos anteriores, las falacias reduccionistas -en especial, la geográfica y la temática-, que una proposición como ésta puede sugerir. La idea de que una geografía marginal sólo puede proponer problemas

marginales de personajes que son también marginales, proviene de una fuente ideológica desvalorizante previa a toda ponderación literaria. Esa misma marginalidad está implícita en la curiosidad paternalista, con que se abordan desde los centros hegemónicos los productos regionales como frutos ingenuos, pintorescos o exóticos. Desde esa perspectiva, el referente que en ellos se aborda, no sólo pertenece a *otro lugar* del que no forman parte, sino también a *otro tiempo*, ajeno y anterior al suyo.

Por otra parte, una constante del canon -tan antigua como la *Poética* de Aristóteles- es la de establecer su propia categorización de temas, ambientes y personajes, para diferenciar los elementos literariamente aceptables de los que no lo son. Con este mecanismo, el canon se encarga de preservar las preceptivas hegemónicas, que incluyen no sólo estos aspectos temáticos y espaciales, sino también los lingüísticos, los estéticos, ideológicos, de configuración de personajes, etc. Inclusive, cuando con la revolución romántica -y luego con el realismo, el naturalismo, los aportes del psicoanálisis, la narrativa de índole social y política, etc.- se incorporaron nuevos registros dentro del canon, esa ampliación sirvió para engrosar el número de temas, ambientes, personajes, etc., pero no para modificar la idea de que existía un límite que separaba "lo aceptable" de lo que no lo era. Esta constante demuestra que, más allá de sus posibles valores literarios, la ponderación del *espacio como referente*, y por ende la de los personajes y los temas que de él procedan, proviene finalmente de un mecanismo social e ideológico, que es anterior y ajeno al de su configuración en el discurso literario. Y que, a través de él, se regirá fatalmente la percepción de los productos.

Lo perverso de esta situación es que, cuando el productor de textos de un espacio periférico quiere utilizar su espacio como materia literaria, actúa, conscientemente o no, condicionado por esa situación. Sabe o siente que, al escribir desde la periferia y sobre la periferia para el espacio central, sus mecanismos de producción no pueden ser los mismos que los del productor de textos

metropolitano. Se encuentra en una encrucijada ante el conflicto que le plantea la relación entre un potencial lector del espacio hegemónico y su material textual desvalorizado: o repite el modelo hegemónico, despojando a su discurso de los mecanismos de producción y de las asperezas sociohistóricas propios de su región marginal, para adecuarlo *ad usus urbanus*; o acepta su posición de productor periférico y escribe como un escritor secundario. En el primer caso, tal vez pueda acceder a la universalidad, pero pierde el alma; en el segundo, puede salvar el alma, pero sólo para conservarla en un paraíso marginal. Recursos como la idealización, el exotismo, la nostalgia, el pintoresquismo, el ingenuismo, etc. -tan frecuentes en la canción folklórica comercializada para convertir sus productos en “inocuos” y aceptables dentro del circuito de consumo metropolitano- son comunes en el primer caso. En el segundo -el de la preservación de la identidad histórica y sociocultural-, lo más frecuente será la aceptación de sus límites, de la ignorancia o el olvido.

58

Estas observaciones sobre los componentes ideológicos y sociohistóricos, con que se dibuja el espacio aludido en el referente, recuerda la preeminencia que tiene el lector, el receptor de textos, en todo el proceso de producción textual. ¿Quién lee?, ¿cómo lee?, ¿dónde lee?, etc. son preguntas que, a pesar de su importancia, tienen un ingreso relativamente tardío en el campo de la crítica de los textos centrales. Mucho más, como es obvio, en la aproximación a las producciones marginales. Este punto, en donde se cierra el círculo de la producción textual y se la justifica, muestra las sustanciales diferencias en el modo en que se realiza la lectura desde uno u otro espacio. Aquí también hay una escala de valores, que rige de acuerdo con la proximidad o distancia del canon. En la mayor parte de la producción regional hay un “primer lector” que proviene del espacio inmediato. Es el lector local o interregional; es también, el lector del espacio secundario. En su relación con el texto parte de una experiencia inmediata. El mundo descrito o aludido en el referente también es el suyo. A su vez, al tratarse de un espacio

sin preeminencia literaria, en su relación con él suelen funcionar procesos de identificación, aproximación afectiva, búsqueda de afirmación local, etc. En su actitud no se aleja demasiado de la que puede tener frente a los comunes cuadros paisajistas o de personajes típicos. (Esto es aún más evidente, y se enfatiza con la fuerza de la nostalgia, entre los migrantes provincianos de zonas urbanas, cuando asisten a un recital poético o musical, o a una exposición pictórica de productores de su provincia. En esos casos los procesos de identificación y reconocimiento funcionan aún con mayor fuerza que entre los lectores locales). Si bien este tipo de “lectura” es la que suelen recibir la mayoría de los textos de zonas marginales, la misma incide escasa o nulamente en el sistema cultural que rige el proceso de producción y circulación de los textos. Desde este punto de vista, esa lectura es también un producto marginal.

Al trasladarse esa lectura al espacio central, cambia sustancialmente el modo de cerrar el circuito de producción del texto. Aquí la lectura es un producto del sistema cultural hegemónico, y como tal se rige por las leyes del mercado de producción, los textos resultantes y el circuito de comunicación y circulación de esos textos. Sus pautas son las de los modelos establecidos para las producciones centrales. El lector lee, produce su lectura, de acuerdo con el sistema de producción hegemónico imperante, y a partir de las pautas que ese sistema impone en la realidad sociohistórica, en la que se encuentra inserto. El texto se concibe como un producto de ese sistema, y su lectura es un proceso de verificación de la forma en que ese producto responde al sistema. Con esta verificación, podrá conocerse el grado de “utilidad” y funcionalidad que tiene ese producto. En última instancia, se trata de saber si ese producto vale. Eso ocurre con los productos textuales contemporáneos, es decir, los de uso corriente. En el caso de textos que pertenezcan a etapas anteriores del sistema de producción, el valor del texto dependerá del grado de funcionalidad que ese texto aún tenga dentro del sistema de producción en vigencia.

De cualquier modo, y aunque el producto pertenezca a una etapa anterior, siempre se trata de un producto que ha sido generado dentro de un sistema de producción hegemónico. (O que, como en el caso de la gauchesca o del tango, fue incorporado *ad uso hegemónico* dentro del canon). Por esta razón, ese producto de la etapa anterior puede, inclusive, tener aún más valor si llega a ser considerado como una “antigüedad”. Un objeto al que la historia y la cultura revalorizan. También puede llegar a convertirse, por causas socioculturales muchas veces ajenas a sus características intrínsecas, en un objeto de culto. Si llega a ese estado, es común que se lo posea sin leerlo, se lo *consume* como un objeto de posesión, no de uso. En este caso, ese tipo de valor y funcionalidad surge de todo un proceso previo y ajeno, en el que se lo canoniza. (Una canonización que proviene, obvia y etimológicamente, de su sacralización por el canon). Por su parte, como los textos de zonas regionales se producen dentro de un sistema anterior y ajeno al del sistema hegemónico, no pueden llegar a convertirse en una apreciada “antigüedad”. Podrán ser viejos, desactualizados, estar fuera de época, etc. pero nunca *antiguos*⁶. Su valor sólo podrá provenir, entonces, de su potencial significado como producto exótico, pintoresco, curioso, etc.; o como reflejo de un sistema de producción artesanal; o como expresión *naif* y desproblematizada de una etapa bucólica ideal, pero inhabitable en el espacio y en el tiempo. En cualquiera de estos casos, y más allá de las ocasionales modas con que periódicamente suelen ser rescatados, su valor de uso será muy limitado dentro del circuito de producción, a menos que esos textos previamente “pierdan el alma” para entrar en el mercado hegemónico (Esto es evidente en

6 Existe una diferencia sustancial entre la *antigüedad* de los productos del sistema hegemónico y la de los productos de los sistemas marginales. Aquéllos pertenecen a una etapa anterior del sistema de producción en vigencia. Una etapa en la que, por otra parte, se formó ese sistema y del que son, entre otras, una de sus causas históricas. Los productos marginales, en cambio, son productos *exteriores* y ajenos a ese sistema. Por esa razón no son *antiguos* sino *anacrónicos*; o mejor dicho, *asincrónicos*, porque pertenecen a otro sistema temporal.

la adaptación de la música."folklórica" de índole comercial a los requisitos del mercado).

Lo irónico de esta situación planteada, es que esos mismos parámetros, aplicados en circuitos de producción y circulación mucho más amplios, pueden cambiar las relaciones de poder que existían dentro de las fronteras nacionales. En ese caso, los que eran productos de sistemas hegemónicos dentro de sus fronteras, pueden convertirse en productos de sistemas marginales dentro del contexto internacional. Esto es aún más evidente en etapas de globalización como la nuestra, en la que la dinámica y expansión de los mercados redimensiona permanentemente las fronteras. En este caso, tanto las devaluadas regiones interiores como las "microrregiones" se funden y confunden con los países en las que estaban insertas y pasan, como un todo indiferenciado, a formar parte de un espacio mucho más vasto en el que se redistribuyen las relaciones de poder. Ahora son parte del tercer tipo de regiones de las que hablaba Cornejo Polar: las regiones transnacionales. Regiones, cuya significación al sur del Río Bravo, suele ser muchas veces la misma que la que las naciones le deparan a sus regiones *int(f)eriores*. En esos casos, también los productores de la nueva región marginal deben adecuarse a los modos de producción del sistema hegemónico global para entrar en él. También deberán perder el alma. Y si en contados casos pueden salvarla, es porque su producto tendrá el suficiente grado de universalidad, que valga para todos en todas partes. Esta irónica situación demuestra la falacia de utilizar como parámetro al espacio, recortando sus límites sobre las fronteras de la geografía política. Y al mismo tiempo señala los peligros de utilizar herramientas críticas de un modelo cultural de reproducción periférica.

A partir de las pautas de ese modelo se crearon tesis de naciones esencialistas con caracteres ontológicos propios. Según esas pautas, estas naciones forjan un sujeto social uniforme, que se convierte en un modelo arquetípico. Es un sujeto que tiene caracteres inmanentes y habita un territorio geográfico y sociocultural con los mismos

caracteres. En nuestro país, el sujeto social rioplatense neoeuropeo habitando la geografía porteña o pampeana, fue la fórmula arquetípica de este modelo. De este modo, se configuró muy sólidamente el discurso de la cultura dominante, con las consecuencias de índole económica, cultural y sociohistórica que ello implica. A partir de allí, se uniformó el canon con sus correspondientes beatificaciones y condenas para los textos que funcionaran dentro o fuera de él. Lo mismo ocurrió con los sistemas de producción y las fórmulas textuales que funcionaran en las culturas superiores o inferiores. Esto ocurre porque una categoría como ésta implica, obviamente, que los sujetos sociales y el territorio que no pertenezcan al modelo hegemónico, quedan al margen. Y quienes están en los márgenes, saben o aprenden que si no se autoexcluyen del sistema, son excluidos.

62

A partir de allí, surge un segundo tipo de sujeto social, que sólo tiene lugar en el modelo si actúa como un sujeto periférico. Lo mismo ocurre con los productos que él crea. De este modo funciona el sistema hegemónico, cuya eficacia consiste en borrar o devaluar las diferencias. De aquí surge la principal falacia en el parámetro del espacio: la idea de que se trata del dibujo de un *mapa horizontal* entre la metrópoli hegemónica y las zonas marginales. En ese dibujo, trazado por el modelo hegemónico, se identifican las diferencias con las divisiones de la geografía política. De este modo, traslada al ámbito doméstico, el modelo cultural de reproducción periférica que se había aplicado en el ámbito nacional. En él también se aplica la idea de que las provincias en primer término, y luego las regiones, tienen caracteres ontológicos propios. En el lugar en que estos caracteres cambian, se pueden trazar nítidamente las fronteras. De este modo, los provincialismos y los regionalismos reproducen en un ámbito espacial menor, la misma falacia esencialista de los nacionalismos. Y tanto las provincias como las regiones, crean también, en menores dimensiones, sus sujetos sociales propios. Gracias a esta falacia, todo el proceso repite en menor escala el mismo modelo perverso. Y es a partir de este modelo como el sistema hegemónico aparenta

trazar horizontalmente el mapa para disfrazar su trazo verdadero: el dibujo de un *mapa vertical*, en el que se diferencian claramente las jerarquías de poder. Un dibujo, que tiene la forma de una pirámide y no las líneas de la geografía. Un dibujo, cuyo vértice superior es poderoso y angosto, y cuya base es siempre ancha y ajena.

Si estas falacias del parámetro espacial nos indican que el dibujo de una región no se corresponde con los que trazan caprichosamente la geopolítica o las convenciones históricas y culturales, ¿de qué forma debería trazarse entonces el dibujo de las regiones? La respuesta a esta pregunta surge justamente del mismo carácter caprichoso y arbitrario de ese dibujo. Esa misma arbitrariedad demuestra que sus características no provienen de condiciones intrínsecas de la región dibujada, sino que se trata simplemente de una construcción apriori y externa. Esto es inevitable, ya que el objeto Región no es ese objeto con caracteres ontológicos propios, que proponía el discurso hegemónico, sino un recorte interesado de la amorfa realidad. Al ser inevitable, ese recorte de la realidad debe ser también caprichoso y arbitrario. La Región así “construida” aparece como un ejercicio intelectual del crítico, quien establece, previo a su análisis, el “territorio” que desea abordar. De este modo la Región aparece configurada como un constructo, cuyos límites podrán coincidir o no con los de la geografía, y dentro del cual se incorporarán aquellos aspectos sobre los que se pretende trabajar.

La Región se configura de este modo como un territorio dinámico y cambiante, en el que se puede entrar y salir constantemente. Por esta misma condición, su dibujo espacial también cambia y cualquiera de sus partes puede formar parte del dibujo de otra región, cuando los intereses por los que se las aborda son distintos.

Un interés de tipo histórico, otro geográfico y otro sociológico, por ejemplo, pueden configurar, en cada caso, regiones con límites diferentes -es decir, diferentes regiones- dentro de un mismo marco espacial. Lo mismo ocurre cuando se trata de intereses diferentes dentro de una misma disciplina. (Un mapa de pobreza

puede necesitar que se construyan “regiones” distintas de las de un mapa étnico o un mapa inmigratorio durante una investigación sociológica, por ejemplo). Por otra parte, cada “Región” así dibujada conlleva implícitamente límites espaciotemporales muy precisos. Dentro de ellos y en ese período, ocurre para los intereses que la construyen, toda la vida de esa Región. Esa Región existirá mientras sea analizada o estudiada. Y sólo puede volver a existir, si se la “reconstruye” por iguales motivos. En sentido inverso, una Región geográfica dibujada previamente por la política o la tradición, puede servir como ejercicio para descubrir los intereses que llevaron a su creación. Un ejemplo como el del noroeste, que traza Abalos en su *Norte Pencoso*, se corresponde con el del modelo oficial de un NOA, cuyos límites encierran seis provincias argentinas⁷. En un estudio del diseño de ese modelo de noroeste, podría descubrirse cómo tardíos proyectos hegemónicos de “regionalización” impuestos por el poder central, inventaron razones de índole geopolítica para “fundar” en nuestro país una de las regiones, que ya estaba más sólidamente fundada en razones de índole sociohistórica mucho más valederas.⁸

Este tipo de problemas demuestra una vez más las limitaciones de la coordenada del espacio y la necesidad de incluir las dimensiones del tiempo en un abordaje de la problemática regional.

El parámetro temporal

En un artículo sobre las relaciones entre los criterios de periodización y regionalización, Rolena Adorno señala que

7 “Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja constituyen una región con historia, tradiciones y costumbres, con actitud espiritual comunes” (Ed. Losada, Bs.As., 2ª edic. 1966: 7).

8 El NOA oficial, al que alude Ábalos en su libro, a veces varía. Y así Santiago del Estero puede aparecer incluida en la Región Centro, cuya cabecera es la vecina provincia Córdoba, o La Rioja, como un apéndice de Cuyo con cabecera en Mendoza.

...al reconocer que las categorías de región y período son constructos sociales y culturales, habría que tener en cuenta su relatividad. Período y región se definen e interpenetran desde determinadas focalizaciones en determinados momentos. Son siempre parciales (en ambos sentidos de la palabra) y nunca fijos. Período y región son procesos de clasificación claramente relacionados....⁹

Las palabras de Rolena Adorno serían inexplicables, si no se las enfrentara con criterios de periodización de larga vigencia en los estudios culturales. En éstos también se descubren las huellas de un discurso hegemónico, que dibuja las distintas etapas de la producción literaria, sobre marcos ajenos a su propia dinámica. Y así como el recorte de las regiones se superponía con el de la geografía política, el recorte temporal coincidía también con el de la historia política. (O en forma aún más inocua y anodina, con la división en siglos, décadas, generaciones, etc.). La idea de que la categoría de período, como la de región, es también un *constructo* sociocultural, ubica el problema en un sitio mucho más adecuado para los estudios literarios. Lo mismo ocurre con la noción de que ambos “se definen e interpenetran” en determinados momentos. En última instancia, el juicio de Adorno recuerda la dinámica intrínseca que poseen los productos culturales y la necesidad de abordarlos como un permanente proceso.

Si bien la autora define claramente la esfera en la que debe ubicarse el problema, no deja de reconocer el peso que poseen los criterios tradicionales. Una idea tan firmemente arraigada como la de nación, por ejemplo, arrastra con su peso a muchos criterios de análisis, que no advierten la relatividad temporal que conlleva

⁹ “Periodización y regionalización” (en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año XX, N° 40, 2° semestre de 1994: 367).

esa palabra. De este modo, un estudio de la literatura argentina de la época virreynal a partir de esa idea de Nación, por ejemplo, podría ponernos en la encrucijada de saber si debe incluirse en ella la producción de aquellas zonas que, a pesar de pertenecer al virreynato, no formarían parte posteriormente del futuro territorio argentino. Lo mismo ocurre cuando se incluyen conceptos tan amplios y vagos, como el de “la Colonia” concebida como una entidad espacio-temporal, soslayando la diversidad de procesos y espacios culturales que ella incluye, ni la evolución y cambios que sufrieron a lo largo de los siglos sus pautas canónicas. En éstos y otros ejemplos de este tipo, pueden advertirse las pautas homogeneizantes de un discurso crítico empeñado en borrar las diferencias. De este modo, si bien podría aceptarse la temporalidad de los procesos culturales, la misma quedaría encorsetada por el modelo central. Y aquí también, como en el caso de las regiones, éste sería el encargado de dibujar las fronteras.

66 Aunque un planteo de este tipo tiene una actitud crítica frente a las políticas culturales homogeneizadoras, surge del mismo el interrogante de cómo armar el gran mapa literario, que integre las diversas regiones con sus intrínsecas variantes a través del tiempo. Dicho de otro modo: ¿cómo alcanzar una homogeneidad espacio-temporal, que no surja del centro hegemónico, sino de cada una de sus partes? Y al mismo tiempo, ¿es posible alcanzar esa homogeneidad? Un desafío como éste exige utilizar nuevas herramientas de análisis en reemplazo de las anteriores. Rolena Adorno propone una superación de las categorías clásicas de cronología y nación, en los que se fundaron las nociones de período y región, para ubicarse en la historia literaria. La misma supondría su articulación con nuevos criterios que

*...busquen construir sincronías complejas y seguir sus transformaciones al pasar del tiempo....*¹⁰

10 En César Fernández Moreno: *América Latina en su Literatura* (México, UNESCO- Siglo XXI: 368).

Para António Cândido el eje temporal de las letras de Latinoamérica divide dos concepciones contrapuestas: la de

... la fase de la conciencia amena de retraso, correspondiente a la ideología de "país nuevo" y /.../ la fase de conciencia catastrófica de retraso, correspondiente a la noción de "país subdesarrollado" ...¹¹

Sobre la geografía de estos dos "países", se fundan dos discursos muy diferentes, que dibujan a su vez mapas críticos y literarios también opuestos. En esa fase inicial de la conciencia amena del atraso es cuando surge el regionalismo en Latinoamérica.

La razones y el momento de la aparición de las producciones regionalistas son discutibles. Para Cândido se trata de una producción unida a situaciones de subdesarrollo, en la que incluye

... toda la ficción vinculada a la descripción regional y a las costumbres rurales desde el romanticismo; y no a manera de la mayoría de la crítica hispanoamericana, que en general lo restringe a las fases comprendidas aproximadamente entre 1920 y 1950...

67

señala concordando con las advertencias frente a la falacia temática descrita anteriormente ¹². Si bien la producción literaria que acoge esta temática regional y rural es diversa y vasta, sus diferencias de significado variarán de acuerdo con el grado de desarrollo en que en ellas se originen. De allí que, mientras en Inglaterra o Francia se escribieron novelas que transcurren en el campo, en las mismas se reflejaban sin embargo problemas de índole urbana. En cambio en países como Grecia, Italia o España, que tenían grandes bolsones de subdesarrollo, el regionalismo gozó de buena salud. Y

11 "Literatura y subdesarrollo" (en *América Latina en su Literatura*, ed. cit. 335 y ss.).

12 *Ibid.*, nota N° 3 de 349/350.

mucho más obviamente en las letras de Latinoamérica, en donde el subdesarrollo es una maldición y una constante. De las formas de percibir esa situación -como una conciencia amena o como una conciencia catastrófica del atraso- surgirían también las formas de representación de la realidad regional.

Para Domingo Miliani el escenario regionalista ya estaba presente desde la época colonial. En la época de la Ilustración y la Independencia -en autores como Bello y Olmedo y entre otros de raigambre neoclásica, como también en las composiciones de Echeverría- tiene la forma de una variante nativista. La importancia de este dato no es, sin embargo, relevante para Miliani, ya que para él el Regionalismo

*... más que una corriente es una constante de carácter temático que diferencia en bloque nuestra literatura, pero no la caracteriza en el tiempo. En todo caso se mantiene como línea de continuación y reiteración del plano del contenido literario, pero no en el plano de la expresión discursiva.*¹³

68

Por estas razones, el regionalismo atraviesa los diferentes movimientos literarios, aunque con sus necesarias variantes. Para Ángel Rama, en cambio, se trata de una corriente íntimamente unida a las tres constantes con que las letras de Latinoamérica intentaron separarse de su “pasado ibérico”: la independencia, la originalidad y la representatividad. Sobre cada una de ellas se fue configurando una corriente que, aunque cambie de formas, no desaparece. Lo paradójico es que de esta actitud -destinada a manifestar la “otredad” de América- también surgirían las formas que se le opondrían:

Criollismo, nativismo, regionalismo, indigenismo, negrismo y también vanguardismo urbano, modernización experimentalista, futurismo,

13 “Historiografía Literaria: ¿periodos históricos o códigos culturales?” (en *La Literatura Latinoamericana como Proceso*, 111).

restauran el principio de representatividad, otra vez teorizado como condición de originalidad e independencia,¹⁴

expresa Rama sugiriendo que no existe una oposición sustancial entre ambas líneas, ya que en el fondo son sólo ramas de un mismo tronco. Y más adelante, en su sustanciosa “respuesta” al conflicto entre regionalismo y vanguardismo, muestra el punto de inflexión entre dos líneas, que no deben necesariamente excluirse. En el primero de esos dos grupos, aparecen el regionalismo, el criollismo, el nativismo, etc., como movimientos diferentes. En realidad, se trataría sólo de variantes de un mismo concepto, cuyas diferencias serían sólo de lugares y de circunstancias históricas. En última instancia, se trataría de esa constante de carácter temático, que señalaba Miliani. De este modo, habría también una coincidencia con Cândido para quien el nativismo surge en el momento en que el escritor toma “conciencia de su país”, como una entidad distinta de la entidad colonial de la que procede. Esta conciencia, se sustenta en el orgullo y el “amor por la patria”, y se diferencia del nacionalismo, que está más vinculado a la idea de separación, de identidad política. El nacionalismo es

69

*... un proceso lento que empieza en la mitad del XVIII.
El nativismo [en cambio] existió desde el XVI,*

señala Cândido para referirse a una actitud que, aunque él no la evoque, ya se encontraba en la páginas del Inca Garcilaso.

Concebido como una constante de carácter temático, que atraviesa la historia del subcontinente, o como una de las dos líneas, con que se manifestaron los impulsos de independencia, representatividad y originalidad de las letras de Latinoamérica, las diversas variantes del regionalismo serían adoptadas tempranamente -como justificación o instrumento- por las clases dominantes. Las razones

14 *Transculturación Narrativa en América Latina* (México, Siglo XXI, 1982: 15).

eran obvias: éste era uno de los puntos en que su discurso podía coincidir con el de las clases dominadas. En ambos casos, aunque con sentidos muy diferentes, ambas clases nombraban algo tan grato, querible y cercano, como era la tierra que habitaban. De allí que la *primera etapa del regionalismo*, surgió unida a la idea de independencia política y de formación de una identidad nacional frente a lo europeo. Este nacimiento de la “conciencia de nación” entre las clases dominantes -que a su vez fuera afianzado y exaltado por el pueblo durante las luchas de la Independencia- aparece asociado con una

... conciencia en el localismo o el regionalismo de los temas, que estudiados como referentes identifican lo nacional con lo rural solamente...

70

señala Miliani¹⁵. En el plano literario, esta identificación aceptada por todas las clases, remarca bien las diferencias existentes entre el habla del autor culto (que es el que escribe y el que lee) y el personaje rural, que sirve como referente. En este sentido, tanto el Romanticismo, como el Positivismo, el Naturalismo o el Modernismo son sólo variantes de un mismo discurso.

Para Ángel Rama el primer regionalismo surge de los esfuerzos para diferenciarse de los progenitores europeos mediante el uso de los elementos “representativos” que le eran propios. De allí, que se enfatizan las diferencias del medio físico, la composición étnica heterogénea y el grado de desarrollo de la realidad americana frente a la europea. A esta fórmula de Rama habría que agregar el sentimiento de solidaridad social, pocas veces destacado por la crítica y que, sin embargo, atraviesa gran parte del discurso regionalista. Un sentimiento que surge como defensa de las grupos marginales de las regiones, frente a los cambios que sufría el modelo social hegemónico metropolitano. En última instancia -como señalaba Rama-

15 (Op. cit., 110).

se convertían los asuntos nativos en “materia prima” dentro del modelo de la incipiente economía. Se

*... equiparaba al escritor con el agricultor o el industrial
en una cadena de producción,*

afirma Rama parafraseando una afirmación de Ignacio Altamirano sobre la literatura mexicana¹⁶. Esta actitud continuaría con variantes sólo formales durante la etapa internacionalista que acompañó al “período modernizador” de 1870 a 1910. Durante estos años, si bien el escenario regionalista se dilató hacia una Gran Región que abarcaba a toda la América Latina como un solo espacio, no cambiaría de signo. Y el tránsito desde un regionalismo de cuño costumbrista naturalista hacia otro de índole modernista, fue en el fondo otra forma de integrarse al sistema de producción “economía-mundo occidental”, que ya se había impuesto.

Para Cândido esa primera etapa del regionalismo representa claramente la exaltación de la conciencia de “país nuevo”, caracterizada por la idea del atraso. Durante esta fase, el regionalismo que aparece es pintoresco y decorativo. Funciona como un escenario de apacibles fábulas, en el que aún continúa la descripción de los *bons sauvages* sobre un mundo de *Mirabilia*. Dentro de ella incluye formas, que van desde el *sertanejismo* brasileño hasta el *gauchismo* rioplatense.¹⁷ En esta aproximación de índole “prejuiciosa y paternalista”, el criollo y su ambiente brindan una imagen popular no conflictiva, que no trasciende el mero plano referencial. La pintura simpática y hasta de admiración que muchos de los personajes reciben, no los incorpora sin embargo dentro del sistema de producción del que quedan marginados.

16 *Transculturación...* (ed. cit. 14).

17 Cândido (op. Cit. 351). Aunque él no especifica los alcances de esta designación es probable, según su enfoque, que el *gauchismo* al que él se refiere, englobaría más bien lo que entendemos por *criollismo*, dentro de la línea de Benito Lynch, Justo P. Sáenz, Guillermo House, Juan Pablo Echagüe, etc. y obviamente Ricardo Güiraldes.

Por su parte, la *segunda etapa del regionalismo* aparece para Cândido con la fase de preconciencia de “país subdesarrollado”. La ubica hacia los años 30 y 40, y la hace coincidir con la novela social, el indigenismo, la novela del nordeste brasileño, etc. La denomina -acertadamente- como la etapa del regionalismo problemático, aunque reconoce la deuda de arrastre con los relatos de Mariano Azuela, los tempranos textos de Alcides Arguedas, etc. En esta etapa la ilusión anterior se desvanece y la realidad del hombre rural y su medio se convierten en un problema. La simplificación anterior de un campesino regional simpático, pero refractario al progreso, es reemplazada por una mirada crítica sobre la degradación del hombre sujeto a las perversas imposiciones de las clases dominantes. De este modo nace una revisión crítica de la sociedad, unida a soluciones ideológicas y propuestas políticas. En última instancia, el escenario anterior sigue siendo el mismo; pero la mirada es diferente. Para Rama, por su parte, esta etapa está unida a un resurgimiento de un nacionalismo de índole social. Al mismo tiempo aparece sobre un fondo de conflicto con las variantes del vanguardismo, surgidas en los mayores conglomerados urbanos. Obviamente una situación como ésta generaría actitudes defensivas y agresivas abiertas, que sin embargo en el fondo escondían

...un fatal sometimiento a las normas capitalinas de unidad nacional /.../ limitándose a atacar la función homogeneizadora que cumple la capital mediante la aplicación de patrones culturales extranjeros...,¹⁸

Ante una circunstancia como ésta, los regionalismos que quieren subsistir deben adaptar sus instrumentos expresivos a las fórmulas urbanas, que se habían impuesto. De este modo se iniciarían los procesos de transculturación, que señala Rama como tesis de su clásico libro. Para el regionalismo se trataría de otra de las tantas

18 *Transculturación...* (ed. Cit. 23).

adaptaciones al modelo dominante, que realizaría a lo largo de su historia.

Esto marca un cambio sustancial en el modo de entender la materia regionalista. Valga como simple ejemplo, las diferencias en el uso de la realidad santiagueña como referente, que hacen dos narradores en la primera y la segunda etapa del regionalismo. Por un lado, el viaje como experiencia exótica y mediata en busca de los mitos y leyendas de un bosque de leyenda, que hace el renombrado intelectual Ricardo Rojas en *El País de la Selva*; por el otro, el viaje como experiencia inmediata y vital, que hace treinta años más tarde el Maestro de *Shunko* de Ábalos, para enseñar en la escuela rancho de un rincón miserable del monte santiagueño.

El agotamiento de las fórmulas descriptivas y de la fuerte presencia del realismo social, que acompañaron a la etapa anterior, fue uno de los motivos para que los escritores del regionalismo intentaran nuevos caminos en una materia narrativa ya exhausta. Tanto los tímidos avances de Asturias, como la revelación a lo hondo del mundo indígena realizado por Arguedas, abrieron los cauces para recibir sin traumas el fuerte impacto modernizador proveniente de escritores de neto corte urbano, especialmente los trabajos de experimentación narrativa iniciados por Borges y continuados rigurosamente por Julio Cortázar y Clarice Lispector, entre otros. A ello se sumaron las profundas transformaciones en el mapa sociopolítico, que habían acompañado los procesos de descolonización de la segunda posguerra. Estos cambios inician la *tercera etapa del regionalismo*, que se confunde y superpone con la novela del *Boom* y las variantes locales que la acompañaron. Mientras que entre la primera y la segunda etapa no había habido cambios rotundos en los aspectos formales, sino más bien en los aspectos ideológicos y en la conformación de los personajes, el tercer regionalismo marca una clara trasgresión de los parámetros realistas descriptivos, que habían acompañado las etapas anteriores. La retórica y el sentimentalismo característicos de las dos primeras

etapas quedan descartados; lo mismo cierto psicologismo de tinte naturalista, que acompañó la descripción de muchos personajes. Lo reemplazarán

...el absurdo, la magia de las situaciones; o de técnicas antinaturalistas, como el monólogo interior, la visión simultánea, el escorzo, la elipsis...

señala entusiasmado António Cândido ante el panorama que le brindaba la “novelística actual”¹⁹. Para Rama, en cambio, el proceso marca el comienzo de la etapa transculturadora, cuya figura de avanzada sería Juan Rulfo. Los sentidos de una obra, que recupera el habla regional como lengua del discurso entre otros aportes, marcan el momento de transición hacia una etapa que coincide con la “conciencia lacerada del subdesarrollo” señalada por Cândido como constante de este momento. Rama ejemplifica este pasaje entre una y otra etapa, comparando la actitud del autor de Pedro Páramo con la de Agustín Yáñez, con quien comparte temas, atmósferas y personajes, pero lo separa una generación de distancia:

Yáñez predica perspicazmente sobre un mundo; Rulfo construye literariamente un mundo...

señala Rama mostrando el significado de la operación transculturadora²⁰.

Si bien es demasiado evidente la distancia que separa la “construcción literaria” de esta última etapa, de la “predicación” de las anteriores, vale la pena preguntarse si la misma no encierra la falacia de estar hablando de dos regionalismos diferentes. Aquí, como al comienzo de este artículo, vuelve a plantearse el problema de que cuando hablamos de regionalismo, no sabemos bien de qué estamos hablando. En una primera instancia -y siguiendo la delimitación

19 (Op. Cit., 353).

20 *Transculturación...* (ed. Cit., 111).

espacial que señalaba Cornejo-, la diferencia entre las dos primeras etapas del regionalismo y esta última, parecería ser una ampliación del espacio circunscripto de las regiones “intranacionales” hacia un ámbito mayor de las regiones “transnacionales”. Una segunda mirada, en cambio, nos descubre que, detrás de estas falacias del parámetro espacial señaladas anteriormente, se encuentra una Región con otras dimensiones y en otros ámbitos. De este modo, la Comala de *Pedro Páramo* no es el Jalisco de Rulfo, ni el Macondo de *Cien años de soledad* tampoco es la Aracataca de García Márquez, sino metáforas esenciales de una región más íntima y profunda de la América Latina.

¿En qué etapa del regionalismo nos encontramos ahora? Es obvio que el peso de los grandes trasformadores o transculturadores de las últimas décadas aún sigue vigente. Es obvio también, que las condiciones de marginalidad de las producciones regionales y periféricas no sólo no han variado, sino que se han exacerbado por otros medios. Por otra parte, la rebelión de los particularismos, la explosión de los fundamentalismos y la uniformización por medio de la globalización, son fenómenos demasiado importantes como para no afectar seriamente la configuración de lo regional. En una gigantesca aldea global, entrecruzada en todas direcciones por el correo electrónico, el internet y el mensaje *massmediático*, la personalidad de las regiones se resquebraja y fragmenta. Si bien el regionalismo, considerado como una constante de carácter temático, puede buscar nuevas formas de sobrevivir, es obvio que en su accidentada historia no se había enfrentado nunca a una agresión de este tipo. Detrás de todos los cambios que había padecido, el regionalismo se había sustentado siempre en el peso de su identidad, que utilizaba como comparación, exclusión o diferencia, frente a lo no regional. ¿Qué le espera, en cambio, en un tiempo cuya característica es

... que las distintas modalidades de hibridación se interconectan. [Que] ya no sólo se hibridan unas religiones con otras sino que cada vez hay menos

*formas ortodoxas de practicar una religión, de ser miembro de un grupo étnico, o de ser mujer o de ser joven...?*²¹.

De pertenecer a una Región, como identidad y como constante, en última instancia.

21 “La hibridez buena” (entrevista a Néstor García Canclini, Bs. As., *Página 12*, 21 de abril de 1996: 30-31).

Resumen

Cuando hablamos acerca del Regionalismo, no sabemos de qué estamos hablando, dice el autor de estas páginas. Esto ocurre porque nos acercamos a este problema con falsas perspectivas: la histórica, la ideológica o la temática. Para evitar este problema el autor sugiere estudiarlo a través de las perspectivas del espacio y del tiempo. Cuando consideramos la primera, señala, debemos distinguir entre el espacio internacional, el nacional o provincial, y aquellos territorios a los que podemos llamar "microrregiones". Cuando abordamos los aspectos temporales, debemos detenernos en los diferentes períodos en que puede dividirse la evolución del regionalismo.

Abstract

"When we talk about Regionalism, we don't know what we are talking about", says the author of this article. That is why we approach it with wrong perspectives: the historical, the ideological and the thematical one. To avoid this problem the author proposes to study the problem through the perspective of time and space. When we study the former we have to make a difference among the international, the national or the provincial space and we call the smallest of them "microrregiones". When we study the second one, we can find a historical evolution and different periods with their own particular characteristics.